



CATEDRAL DE AUGSBURGO.

Uno de los monumentos mas notables y antiguos de Augsburgo es la iglesia catedral, que cuenta mas de 1500 años de antigüedad, debiendo por lo tanto existir ya en tiempo de Constantino el Grande; pero las noticias mas exactas que tenemos respecto á esto la hacen datar desde la fundacion de una silla episcopal en el año 582.

Esta iglesia ha sido considerablemente mejorada por varios obispos: después de su hundimiento ó destruccion por el incendio, se empezó su reconstruccion el año 994, dándosele mas ensanche á principios del siglo XI, y concluyéndose finalmente la construccion del claustro por los años de 1056 á 59. El obispo Embriko hizo levantar junto á la catedral una capilla y los dos campanarios acabados en punta.

En el año 1229 se construyó el coro del Este, y en 1536 el de Oeste, y por cierto en estilo italiano. La bóveda del coro se hizo el año 1410. El interior del edificio se halla sostenido por 56 grandes columnas, cuyos capiteles se ven adornados de figuras y ramaje; 28 de estas sostienen la nave, y estan adornadas en parte de cuadros de gran valor, en que esta iglesia en particular es muy rica, poseyendo además pinturas en cristal magnificas, y un servicio de plata de mucho precio.

Habiéndonos proporcionado una copia de la carta que el señor Don Agustin Duran ha dirigido al distinguido compilador y comentarista de la nueva edicion de las obras de Quevedo, el señor D. Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, juzgando este improbo y apreciable trabajo y felicitándole por él, no hemos querido desperdiciar esta nueva ocasion de honrar el SEMANARIO con un escrito del señor Duran, con tanta mas razon, cuanto que, como verán nuestros lectores, la carta que va al pié de estas lineas seria interesantísima, aunque solo contuviera la escelente y elevada apreciacion que en ella se hace de Quevedo, poco estimado generalmente hasta ahora como escritor político y filosófico, á pesar de que su fama como tal no debiera ceder á su nombradía como poeta satírico. Hé aquí la carta:

SEÑOR D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA.

MADRID 24 DE MARZO DE 1855.

Los años, amigo mio, van produciendo en mí lo que una apoplejia en el arzobispo de Granada á quien Gil Blas sirvió de secretario: por eso me voy retirando de la pluma, y solo tal vez la empleo en
22 DE MAYO DE 1855.

animar á la vigorosa juventud cuando se eleva sobre lo pasado, en cuyo pedestal me lisonjeo haber puesto alguna piedrecita que no le desdora.

Al recibir y examinar las *Obras de Quevedo* recientemente restauradas, anotadas, y juzgadas por V., ha sido tanto mi contentamiento, que no puedo menos de darle mil gracias y de felicitarle, manifestándole mi opinion sobre un trabajo tan necesario y útil á nuestra gloria literaria.

Tiempo hace que deseo de estudiar los escritos de Quevedo, tan desfigurados por sus antiguos editores, habia reunido preciosos documentos, acaso ya destinados á perderse, cual sucede con frecuencia á las colecciones de los particulares. Para evitarlo era necesario que los de la mia viniesen á poder de quien se aprovechase de ellos con un teson, una inteligencia y una sábia critica cual V. ha empleado en la difícil y penosa empresa que tomó á su cargo y va tan felizmente desempeñando. Gracias á ella, es hoy posible leer á Quevedo y comprenderle como hombre, como sabio, como erudito, como filósofo moralista, y como político y diplomático: pues bajo todos estos aspectos se presenta nuestro célebre escritor polígrafo. Desde ahora pueden conocerse las causas que le hicieron favorito de las masas populares, á quienes señalaba con el dedo sus opresores, esgrimiendo contra ellos la sátira mas amarga y dura. Quevedo aparece como el representante de la libertad moral del pueblo castellano, el cual mudo é inerte, pero dolorido, soportaba los desmanes del imbécil y nauseabundo despotismo teocrático y civil que le oprimía y ahogaba en el fango de la servidumbre más abatida: él fué por decirlo así el último y lamentable eco que exhaló por sus perdidas glorias, por su grandeza hollada, la desventurada España, la madre de tantos héroes pasados: él quien con severo teson escupió á la cara de los necios y corrompidos próceres que envilecían el trono, degradaban el hombre, y oprimían el país: él quien con desesperada é irónica sonrisa arrancó los ensangrentados paños encubridores de hediondas llagas: él quien señaló las causas de todos los males de la nacion: él quien desde el fondo de los calabozos, mártir de la verdad, y víctima de los verdugos, se constituyó en acusador y juez de tantos crímenes villanos y de tantas miserias: y él en fin quien combatiendo el despotismo con firmeza, hizo germinar aquellas ideas de progreso y libertad que dos siglos después brotaron con vigor sagrado entre los pueblos cultos. Si Quevedo como escritor aparece, en la espresion de sus ideas, mancillado con el mal gusto de su tiempo; si indignado contra el vicio, le presenta en toda su cinica desnudez, para hacerle mas odioso; si tal vez como hombre particular merece alguna censura, no por eso deja de ser la protesta viva y enérgica de la humanidad entera contra los malvados, contra las instituciones que los protegen, contra la moral laxa que los tolera y disculpa, contra la villanía cobarde que los sufre, y contra la estúpida sonrisa que los maldice sin atreverse á derrocarlos.

Así es, amigo mio, como V. ha concebido y presentado al célebre escritor: así como ha hecho su fiel retrato, deduciéndole del examen de sus obras y de la historia de su época. Allí está él, todo él, su ciencia, su siglo y las causas de los acontecimientos posteriores que dieron el golpe de gracia á nuestras glorias, á nuestro gran poderío, á nuestra sabia y bella literatura, y en fin á nuestra nacionalidad. Desde luego en su obra de V. resalta que los defectos de Quevedo son los de su época, donde el valor de los bandidos y rufianes habia sustituido al de los héroes y de los caballeros, y que sus aciertos solo los debía á si propio, á sus estudios, y á su gran talento. Si los recuerdos gloriosos de Carlos V. inspiraron á Cervantes una manera de critica noble, aguda, cortés y delicada, la miseria y desmoralizacion que nos degradaba en tiempo de los últimos Felipe de Austria debieron producir aquella critica cinica, mordaz y sarcástica propia de Quevedo. El primero estaba aun rodeado de grandes miserias y de grandes cosas: solo veía el segundo en torno suyo flaqueza, marasmo, desesperanza y perdicion sin un átomo de gloria capaz de paliar tanta desdicha. Cervantes respiraba aun el aire de Lepanto; Quevedo veía el cetro de Castilla hundido en Portugal: aquel criticaba un exceso de caballerismo; y este una nobleza rebajada y envilecida en los palacios, sumida en la ignorancia, y en la servidumbre cortesana, insaciable de dinero.

El modo de considerar las cosas bajo un punto de vista tan oportuno y elevado, y de enlazar los hechos á las figuras individuales que reasumen en sí toda una época; este modo tan lleno de vida, tan palpitante, tan dramático y filosófico, lo ha comprendido V. perfectamente cuando ha desdenado la pueril y minuciosa erudicion que hoy da tanta importancia á una copia perdida é insignificante. Tal erudicion sirve cuando más para descubrir chismes que degradan la historia, ó para poner lunares que afean un retrato convirtiéndole en caricatura. No faltaré sin embargo quien le censure tan prudente y sabia economía, ni quien le acuse de ignorante si omitió decir de qué pié era Quevedo cijo, y el nombre del barbero que le afeitaba ó le aliñaba el bigote. Pero yo, amigo mio, apruebo su opinion de V., pues no me entretengo en

rebuscar defectos por gusto de lucir mi erudicion ratonil, ni soy de aquellos que *acapanan* noticias. Si alguna poseo útil é importante, desde luego la comunico á quien pueda usar de ella oportunamente. Así creo que deben proceder los ánimos generosos y amantes del saber, para evitar los errores ó ayudar á la perfeccion de las empresas literarias. La ciencia no es tú, ni yo; no es el hombre aislado, sino la suma de todos los conocimientos que la constituyen, y que con desinterés y sin avaricia deben comunicarse á cuantos los necesitan, en vez de emplearlos en desacreditar las obras ajenas, cuya critica imparcial y justa sería el hacerlas mejor.

Si por acaso alguna de mala ley se alzase contra V., no por eso se desanime: acepte sin réplica lo bueno que le enseñe; y consuélese con la idea de haber merecido el aprecio público. V. ha cumplido haciendo lo que sabe, lo que puede y lo que no es fácil sea escedido por nadie, aun despues de haber dejado tan espedito el camino que siguió. Si alguno le aventajase, tanto mayor bien para la ciencia y aun para V. mismo que tan noble y desinteresadamente la cultiva. Esto no puede dañar su reputacion, cuando todos saben que siempre el que precede es el escalon por donde sube quien le sigue, siquiera sea un ingrato. Los progresos de Newton no mancillaron la gloria de Galileo.

Triste cosa es decirlo, pero no es menos cierto que entre nosotros pocos podrán apreciar debidamente la parte erudita y bibliográfica de su obra: pocos que perciban el estudio, la paciencia, y los desvelos que ha necesitado para corregir y juzgar con buen criterio los textos de Quevedo que ha restaurado: pocos comprenderán las dificultades que ha superado y vencido para reunir y ordenar y aprovechar los preciosos materiales que tuvo presentes y se procuró á fuerza de celo. Pero en desquite no faltará quien, ignorando hasta despues de haberlas V. publicado, la existencia de tantas preciosidades, le culpe de omiso, por no haber conocido, ó por haber desechado alguna de aquellas noticias que se deben á la casualidad y no al estudio. Déjeles V. decir; y convirtiendo en triaca el veneno, válgase para en adelante de cuanto le proporcione medios de perfeccionar y acrecentar sus conocimientos. El hombre verdaderamente sabio acepta con placer toda censura justa y buena, y aun de la injusta y mala puede sacar partido y útil enseñanza.

Yo entre tanto creo poder asegurar á V. que si es posible aparecen y existan algunas noticias y documentos más de aquellos que ha examinado, es muy difícil le esceda nadie en la parte de su obra hija de su entendimiento, y que pertenece á la critica trascendental y filosófica. La sabia apreciacion de los escritos y de la personalidad de Quevedo, y del influjo social que reflejan, forma un cuadro maestro donde brillan la razon severa, el ingenio bien dirigido, la verdad histórica, y la elegante sobriedad que caracteriza á los mejores escritores de nuestro siglo de oro literario.

Tal es mi opinion, cuyo corto influjo en las ajenas no desconozco; pero cual es, y sin aspirar á imponérsela á nadie, se la manifiesto á V. porque le amo, y porque se apoya en el mas noble desinterés, en la mas pura amistad; y sobre todo en que la creo justa.

B. L. M. de V. su afectísimo amigo

AGUSTIN DURAN.

D. BARTOLOMÉ JOSÉ GALLARDO.

D. Bartolomé José Gallardo nació en Campanario, villa de la provincia de Badajoz, en 13 de agosto de 1776, y fueron sus padres Don Juan Gallardo y Doña Maria Luisa Blanco. Estudió latinidad en su patria, y habiendo logrado la enseñanza de un hábil preceptor, salió excelente latino. Así que tuvo edad competente, pasó á Salamanca á estudiar filosofia, en la que aprovechó notablemente, y concluidos los cursos de esta facultad, deseaban sus padres que emprendiese el estudio de la teologia para que fuese eclesiástico y pudiera gozar una capellania de familia; pero no siendo esta su vocacion, no tuvieron este gusto, y él se entregó con todo ahinco á perfeccionarse en la filosofia con el objeto de dedicarse á la enseñanza de ella, que en aquel tiempo se trataba de fomentar y darle mas importancia, por lo que el profesor le ofrecia un ventajoso porvenir; pero este proyecto no llegó á realizarse, y Gallardo, no juzgando ya conveniente seguir su primer intento, no quiso dedicarse á otra carrera, y llevado de su inclinacion se dió al estudio de la literatura, en que desde luego hizo notables progresos. No teniendo recursos para continuar en Salamanca, acaso por la muerte de sus padres, se los proporcionó un tio, y despues lo llevó al colegio de San Bartolomé y le dió asistencia el doctor D. Juan Maria Herrera, natural de Cáceres, y en aquella casa vivió hasta su estincion, verificada por los años de 1799.

Principió á dar á conocer su agudo ingenio y su talento para los escritos satíricos y picantes con un papel que público titulado *El saplon del diarista de Salamanca*, cuyo escrito, habiendo llegado á manos del sabio obispo de aquella diócesis D. Antonio Távira, le escitó el deseo de conocer á su autor, que le fué presentado por D. Juan Antonio Távira y D. Juan Melendez Valdés que se hallaba desterrado en Babila-Fuente, y aquel prelado desde entonces lo tuvo en mucha estimacion y aprecio.

Otro escrito confirmó el crédito que con el primero había adquirido D. Bartolomé Gallardo. Tratando de dar á luz el impresor D. Francisco de Tojar las poesías de D. José Iglesias de la Casa, las prohibió el tribunal de la Inquisición, é intentando aquel defenderlas en un escrito que había formado, lo dió á Gallardo para que lo viese y le manifestase su parecer. La defensa de Tojar toda se fundaba en que otros autores habían escrito del mismo modo, y sin embargo se habían impreso y corrían sus obras; mas Gallardo, conceptuando débil esta defensa, se propuso hacer otra, fundándola en que á los médicos espirituales, como moralistas y poetas satíricos, es permitido del mismo modo que á los médicos corporales designar las cosas por sus propios nombres. Esta defensa se imprimió con el objeto de no tener que hacer muchas copias, y se remitió un ejemplar á cada uno de los tribunales de la Inquisición; pero el de Salamanca confirmó la prohibición de las poesías de Iglesias, y mandó recoger la defensa.

El año de 1800 tradujo al castellano en muy castizo lenguaje la obra titulada: *Arte de conservar la salud y prolongar la vida*, escrita en francés por Mr. Pressavin, que se imprimió en Salamanca en 8.º y tuvo mucha aceptación.



B. José Gallardo

En 1801 fué nombrado para que acompañase la primera de las cuatro divisiones del ejército francés que á principios de diciembre se retiraba á Francia, después de haber hecho la guerra á Portugal como auxiliar del español, habiéndole dado el carácter de comisario, y permaneció en Francia dos meses. Después, vuelto á España, parece que se volvió á Salamanca, pues en 1803 tradujo é imprimió en ella el *Discurso sobre la conexión de la medicina con las ciencias físicas y morales*, ó sobre los deberes y conocimientos del médico, escrito en francés por J. L. Alibert, en el cual no quiso poner su nombre. El original está escrito con mucha elocuencia; pero la traducción acaso le hace ventaja; pues Gallardo, siguiendo el encumbrado vuelo de la pluma del autor, lo vertió al castellano con tal perfección y maestría, que no parece de modo alguno escrito originalmente en francés, sino en castellano por una muy elegante y galana pluma.

Por los años de 1804 ó 5 resolvió pasar á Madrid, acaso ya con el designio de proporcionarse alguna colocación en la corte, y habiendo firmado la oposición á varias cátedras vacantes en la real casa

de caballeros pages del rey, de que ya era ó poco después fué director D. Juan Nicasio Gallego, ganó la primera que hizo á la de idioma francés.

Hallándose Gallardo en este destino, el doctor D. Tomás García Suelto (1), médico muy distinguido, así por su pericia médica como por sus grandes conocimientos literarios, escribió el elogio de D. José Severo Lopez, en el cual trata de plagiarlo al doctor D. Andrés Piquer, pues en una nota, que es la doce, dice así: «Examinando detenidamente y cotejando todos los traductores y comentadores de Hipócrates, hallo que la versión latina de sus epidemias por nuestro Piquer era la misma que antes que él había publicado Cope: si su absoluta conformidad en la construcción, en las palabras y hasta en la puntuación es casual, es por cierto una casualidad increíble.» Chocóle á Gallardo esta censura del doctor García Suelto, y bajo el nombre del Bachiller de Fórnoles, patria de Piquer, y diciéndose sobrino suyo, escribió una carta en defensa de este, que se insertó en el Memorial literario, la cual sentó muy mal á García Suelto, y mas teniendo á su autor por incompetente y falto de conocimientos para escribir de esta materia. Gallardo escribió segunda carta, que redujo al silencio á García Suelto. Habiendo tenido noticia de esta controversia el doctor D. Antonio Franceri, médico muy docto de la real familia, discípulo del doctor Piquer, se llegó á persuadir que efectivamente un sobrino de su maestro había salido á defenderlo, y deseando conocerle indagó quién era para visitarlo. Hallólo en efecto, y supo con sorpresa que el apologista del doctor Piquer ni era de Fórnoles ni sobrino de este, y tuvo una complacencia en que la reputación de aquel sábio médico hubiese sido vindicada.

Permaneció Gallardo en Madrid hasta el 6 de mayo de 1808, y después de haber presenciado la catástrofe del 2, salió de aquella corte para su pueblo, y su ida á este país contribuyó mucho al levantamiento de Extremadura contra los franceses. Pocos dias después de su llegada á Campanario pasó á Badajoz á ofrecer sus servicios á la junta de Extremadura, la que se propuso utilizarlos en asuntos análogos á sus conocimientos, y lo comisionó en compañía del licenciado D. José Salustiano de Cáceres para promover la insurrección en los pueblos de la provincia.

Hallábase Gallardo en Badajoz hospedado en el convento de San Francisco adonde se había ido con motivo de la mucha afluencia de gentes que había concurrido á aquella ciudad, y aprovechando una recomendación que llevaba de un pariente suyo síndico de aquella orden, cuando el conde de la Torre del Fresno, gobernador y capitán general de Extremadura, que al principio se había inclinado al alzamiento de la provincia, mudando después de opinión, imprudentemente trató de reprimirlo, intento que le costó la vida. El oidor de Cáceres D. Vicente García Cervero, hombre muy necio, puso en la cárcel y en otras prisiones á muchos sugetos de los dispuestos al alzamiento, y entre ellos á Gallardo, al que sacó del convento y lo condujo á la cárcel pública; mas al siguiente dia 30 de mayo, con motivo de notar el pueblo que no se hacía la salva por día de S. Fernando, se tumultuó, y en su ciego furor vino á obrar en contra de sus sentimientos, pues acometió á sacrificar á los presos de los que varios eran designados por traidores, cosa frecuente en aquel tiempo, en que los pueblos calificaban de tales á los que se oponían, ó les parecía que se oponían á la insurrección. Eran estos un portugués llamado Vaseconcelos, Don N. Carcelen, coronel de la columna de Granaderos de Castilla, y dos que se decía ser edecanes de Murat, todos los cuales y el conde de la Torre del Fresno murieron arrastrados, y finalmente D. N. Noriega, tesorero general del reino, que fué traído desde cerca de Madrid, y murió cosido á puñaladas. En esta confusión se salvaron por fortuna los presos de la cárcel, entre los cuales estaba Gallardo, que aunque tenía orden comunicada por el gobernador para que fuese puesto en libertad, no quiso usar de ella. Pasaba el enfurecido pueblo por la cárcel arrastrando á los infelices víctimas de su saña, y después de haber acabado con ellos, gritaban algunos desahoradamente: ¡al traidor que está en la cárcel, y se sacó del convento de San Francisco! lo cual oía Gallardo con el temor y zozobra que es de suponer. Hallábase en tan aflictiva situación, cuando D. José María Calatrava, acompañado de otros sugetos, fué á la cárcel y lo sacó de ella.

Gallardo dejó luego á Badajoz, y comisionado, según creemos, por la junta de esta ciudad, asistió á la desgraciada batalla de Medellín, que se dió el 28 de marzo de 1809. Después marchó á Sevilla, donde permaneció hasta que volvió á Extremadura con el objeto ostensible de saber el resultado de la batalla de Talavera que se ganó el 28 de julio del mismo año; pero en realidad, para ver si se podía contar con elementos, á fin de obligar á la junta central á constituir un gobierno en forma, y viendo que no había disposición para ello, se restituyó en posta

(1) No queremos dejar de notar aquí que estaba este médico por aquel tiempo en tanta boga en Madrid, que se decía comunmente que no era dama de gran tono la que no tenía un hijo pestalociano, por galán á un húsar, y por médico á García Suelto.

á Sevilla. Había pasado á esta ciudad desde luego con la mira de ser secretario de los diputados de la junta de Extremadura, D. Martin de Garay y D. Felix Ovalle, destino que después no se creó, y permaneció en aquella ciudad hasta que el gobierno pasó á la ciudad de Cádiz.

Reunidas las Cortes en esta en setiembre de 1810, se hallaban sin recursos literarios para poder consultar los asuntos que se discutian, y encargaron á D. Bartolomé Gallardo la formación de una biblioteca con los libros de los conventos, encargo que desempeñó con grande actividad é inteligencia, por lo que le dieron la plaza de bibliotecario, que ejerció á satisfacción de las Cortes, sirviendo con igual atención á los diputados que promovian las reformas, como á los que se oponian á ellas, proporcionándoles las obras que no conocian para defender sus opiniones segun el partido en que militaban.

Habiéndose empeñado estos partidos ya designados con los nombres de *liberal* uno y *servil* el otro, en reñidas contiendas, se hacian la mas encarnizada guerra así en las Cortes como por medio de la prensa, y entre otros escritos que publicó el partido antireformador, apareció en 1811 el titulado *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores que por equivocacion han nacido en España*, el cual escrito en sentido irónico criticaba muchas doctrinas y opiniones que atribuian al partido liberal, y fueron sus autores los diputados D. N. Freile Castrillon y D. Justo Pastor Perez, los cuales con otros de su partido, tenían sus reuniones en el convento de los religiosos alcantarinos. Habiendo picado vivamente el tal folleto á los liberales, trataron de darle respuesta, y pusieron los ojos para que contestase en D. Bartolomé Gallardo que se habia hecho célebre con otro titulado *Apologia de los palos dados en la ciudad de Cádiz al Excmo. señor D. Lorenzo Calvo de Rozas*, miembro que fué de la suprema junta central, por el teniente coronel D. Joaquín de Osma; publicala en obsequio de las armas y las letras el licenciado Palomeque con notas del doctor Encina; cuyo folleto por su singular gracejo y chiste fué recibido del público con extraordinario aplauso, y adquirió grande popularidad á su autor que dió en él muestras del particular talento con que manejaba la sátira. Persuadieron á Gallardo á que escribiese la contestación, especialmente los diputados D. Diego Muñoz Torrero y D. Antonio Oliveros, y Gallardo entonces compuso y publicó el *Diccionario critico-burlesco* del que se titula *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*, etc.; pero estuvo sin publicar algunos meses hasta 1812, y antes de darlo á luz trató de que lo examinasen algunas personas de conocimientos, por lo que lo sometió al juicio del doctor D. Martín de Navas, canónigo de S. Isidro de Madrid y catedrático que habia sido en el Burgo de Osma, que á la sazón se hallaba en Cádiz. El *Diccionario critico-burlesco* causó grande alarma y sublevaron en los ánimos, y al tiempo que el pueblo se precipitaba con la mayor avidez á leer la nueva sátira sin pararse mayormente en su espíritu, los serviles irritados hacian cuanto podian para anatematizar al autor y su obra y sublevar á todo el mundo contra él, y aun el piadoso celo del mismo gobierno.

El provisor de Cádiz, D. Mariano Martin Esperanza, delató el diccionario á la regencia; y dado este primer paso, los enemigos de Gallardo y de su partido político se engrieron sobre manera: se pusieron pasquines contra él, y se declamó hasta en los pulpitos contra un insulto tan grave hecho á la religion. El escándalo y las quejas llegaron hasta las Cortes, y se decía que Gallardo para la publicación del diccionario habia procedido con la anuencia de ciertos diputados. El Congreso en una sesión secreta sumamente acalorada, tenida el 18 de abril de 1812, acordó: «que se manifestase á la regencia la amargura y sentimiento que ha producido á las Cortes la publicación de un escrito titulado *Diccionario critico-burlesco*; y que en resultando comprobados debidamente los insultos que pueda sufrir la religion por este escrito, proceda con la brevedad que corresponda á reparar los males con todo el rigor que prescriben las leyes, dando cuenta á las Cortes de todo, para su tranquilidad y sosiego.» Es de creer que los diputados serviles pudiesen á las Cortes en el caso de salir del círculo de sus atribuciones, haciéndose acusadoras de un impreso ante la regencia; pero ya en 12 de abril la junta censoria habia calificado el *Diccionario critico-burlesco* á consecuencia de un oficio que recibió su presidente del encargado del ministerio de Gracia y Justicia, en que de orden de S. A. se encargaba á la junta calificase á la mayor brevedad y con preferencia á cualquiera otro el impreso titulado *Diccionario critico-burlesco*. La junta hizo seis observaciones, en las que reasumiéndolas, se asienta: «que el tal diccionario es impio y contrario al espíritu de la religion en sus gerarquias, prácticas, ejercicios y costumbres... con tanta mayor impunidad, cuanto la cautela y el artificio con que está escrito es mas oculto, y cuanto aparecen mas interesantes su estilo, su aire festivo, y las picantes sales de que abunda: que el modo sagaz y estudiado artificio con que dora su veneno, lo hace tanto mas terrible y peligroso, cuanto que con la misma mano con que hiere cubre la agresión, cautelandola y recatándola so color de declamar contra abusos y corruptelas y qui-

tar supersticiones, enmascarando el error con todas las apariencias de la verdad, y mezclando ingeniosamente doctrina sana con cuentos indecentes, ironías maliciosas y alusiones ridiculas: que su objeto y fin no aparece otro que atacar la religion cautelosamente sin contradecir abiertamente ningun dogma ni defender á las claras ningun error condenado por la iglesia, cuyo augustó edificio mina á la sorda con capciosos raciocinios, tales que solo es dado desentrañarlos á personas avezadas á desenredar los sofismas de la lógica: que habla de materias pertenecientes á la religion en tono irónico y burlesco, cometiendo una profanación y dando de sí idea bien clara de que su objeto solo es mancillarla: por todo lo cual declaró que el *Diccionario critico-burlesco* es: en primer lugar, subversivo de la ley fundamental, de la Constitución, que señala la religion católica por la única y sola de la nacion española: en segundo lugar, que es atrozmente injurioso á los ministros de la religion y á las órdenes religiosas; y en tercer lugar, que es contrario á la decencia pública y buenas costumbres por las obscenidades de que abunda, por lo que resolvió que debía ser detenido (1).»

Gallardo fué mandado prender y puesto en el castillo de Santa Catalina, donde escribió la contestación á la anterior censura, viéndose esta y la delación del provisor corrian impresas, y la publicó el 17 de mayo, y en 3 de julio la junta aun no habia ratificado ó reformado su primera censura. Esta contestación, aunque escrita con el mayor ingenio y arte que es posible, y con notable erudición, sin embargo de tener Gallardo en la prision pocos recursos literarios, no disuade ni refuta los principales cargos de la junta, que son trascendentales á toda la obra; antes se descubre en ella la simulación con que pretende su autor aparecer hombre religioso, protestando que venera la religion, la iglesia y sus ministros, como ciudadano, como español y como hombre constituido en uno de los empleos mas distinguidos y que mas de cerca tocan al servicio y honor de S. M.

Antes de este tiempo, Gallardo habia sufrido otra prision en la cárcel de Cádiz, suceso de que se encuentra noticia en el periódico titulado *Correo político y militar de Córdoba*, que se publicaba en esta ciudad durante la dominación francesa en los años 1810, 11 y 12, pues en el número del 19 de agosto de 1810 se inserta una larga carta de D. Antonio Capmany, fecha en Cádiz el 3 de julio, y dirigida á D. Anselmo Rodríguez de Rivas, intendente del ejército del centro, que estaba en Elche, la cual se dice interceptada por los franceses, en que se lee lo siguiente: (1) «el pobre Gallardo, por quien me pregunta usted, hace diez dias que fué preso por el gobierno y llevado á la cárcel con gran aparato de tropa. No se sabe á punto fijo la causa, pero se presume si será por su íntima conexión con el revoltoso conde del Montijo que anda vagante por Extremadura.» Este acontecimiento, de que no hemos podido adquirir circunstanciadas noticias, parece fué efecto de una intriga político-galante tramada entre un ilustre caballero de Córdoba, el presidente de la regencia y la condesa de Montijo, de quien era amigo aquel caballero, con el objeto de sorprender á Gallardo la correspondencia del conde del mismo título, y la que la hermana de este, Doña Gabriela Palafox sospechaban que tenia con Gallardo, para ver si comprometian al conde de alguna manera y con algun objeto que ignoramos.

(Continuará.)

L. M. RAMIREZ Y LAS CASAS-DEZA.

TEATRO ANTIGUO ESPAÑOL.

DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Pedro Luis Farnese, hijo del pontífice Paulo III, era en el año de 1517 duque de Parma y de Plasencia, estados que debía al amor de su padre. Odiaban al nuevo príncipe así los nobles como los plebeyos; tan mala era su condicion, y tantos sus vicios. El emperador Carlos V, que ayudado de su valor y buena fortuna, habia puesto á la casa de Austria en la cumbre de la prosperidad, tenia por uno de sus mas encarnizados enemigos á Pedro Luis, reputado entonces en Italia por el alma de todas las maquinaciones que contra aquel monarca se urdian por Francisco de Francia y otros soberanos envidiosos del ajeno acrecentamiento.

(1) El *Diccionario critico-burlesco*, á pesar de ser como dice la junta, se reimprimó en Madrid en 1812, y después en 1835 ó 56, en Barcelona si no nos equivocamos, y acaso tambien en el extranjero.

(2) Publicaron los franceses esta carta, cuyo contenido acaso alteraron segun su acostumbrada mala fé, con el objeto de dar noticias poco favorables y alucinar á los españoles.

Muchos caballeros placentinos, á quienes Pedro Luis con su soberbia habia gravemente injuriado, se concertaron con el fin de darle muerte, persuadidos de que el pueblo, en vez de vengar á su príncipe, tomaria la voz de ellos, sirviendo, ya que no para la ejecucion de la empresa, á lo menos para la impunidad del delito.

Con efecto, en la tarde del día 10 de setiembre de 1547 entraron recatadamente en el castillo que servia de palacio á Farnese varios de los caballeros conjurados, y en su propio aposento, estando él desapercibido, le pasaron el pecho con multitud de cuchilladas. «Entendido el rumor en la ciudad (dice Antonio de Herrera en sus *Comentarios de los hechos de los españoles en Italia*), el capitán Alejandro de Torni, que estaba nombrado por castellano, acudió al castillo con buen golpe de gente (1), y los conjurados alzaron la puente levadiza, y poniéndose á una ventana gritando ¡libertad! mostraron el cuerpo del duque, y conociendo el pueblo á los condes, vecinos de la ciudad también, gritó: ¡libertad!

Esto cuenta Antonio de Herrera. Fenecido el tumulto, faltó el valor á los matadores de Pedro Luis Farnese, y á los que clamaban por la libertad de Plasencia, y por eso, temerosos de la cólera de Paulo III, se dieron á españoles, llamando al efecto á D. Fernando Gonzaga, gobernador de Milan, para que en nombre del César Carlos V tomase posesion de aquel estado. Tal ha sido en todos tiempos el fin de las alteraciones en Italia por cobrar la independencia. Alzábanse en Sicilia contra los franceses, mostrando en la empresa una constancia y un valor digno de mejor fortuna, los habitantes de aquella isla; pero luego desmayaban en lo mas grave de su resolucion, y temerosos de caer otra vez bajo el yugo sufrido, se entregaban á los aragoneses. Sublevábase Siena contra Diego Hurtado de Mendoza, y contra los españoles; alcanzaban victoria en los primeros pasos de su empresa, y luego el desmayo y torpe miedo, apoderándose de sus corazones, los forzaba á darse á los franceses.

Cuando el suceso de la muerte de Farnese hallábase el célebre político, poeta, novelista é historiador, D. Diego Hurtado de Mendoza, en la corte pontificia cuidando de las cosas del concilio de Trento; y como estaba noticioso de todas las tramas que en deservicio del emperador se urdian en Europa, y como tenia gran enemistad con los Farnesios, escribió un diálogo representable, lleno de chistes y de sentencias notabilísimas, así en lo moral como en lo político. Esta obra lleva por título las siguientes palabras: *Diálogo entre Caronte y el ánimo de Pedro Luis Farnesio, hijo del papa Paulo III*. Moratin no cita á Hurtado de Mendoza entre los poetas dramáticos que florecieron en España antes que Lope de Vega enriqueciese con sus comedias nuestro teatro. La causa de tal omision consiste sin duda en lo raro de este diálogo, el cual existe manuscrito en la biblioteca Colombina y en la de mi amigo el señor D. Joaquín Rubio, anticuario gaditano.

Comienza el diálogo en esta forma: Aparece Caronte en su barca dentro del río Leteo, y sale Pedro Luis Farnese herido y maltratado.

FARNESIO. ¡Hola! ¡Ah viejo de la barca! ¿No oyes? Espera; no temas: respóndeme á lo que quiero preguntarte.

CARONTE. ¿Quién será este presuntuoso arrogante que con tanta furia camina y con tanta prisa me llama? Quiero esperalle y saber quién es... ¡Válgalo la ira mala! Estraño debe ser este. Sin piés ni manos camina; hendida la cabeza, como dicen, de oreja á oído; degollado, y con dos estocadas por los pechos. Mátenme si no debe ser de los de la rota de Albis, y háse tardado en venir por falta de piernas. Camina, si quieres, que me haces perder el tiempo esperándote. Entra y dime quién eres, que estrañamente vienes lisiado.

FARNESIO. ¿Qué dices? ¿Qué cosa es entrar? ¿Con tan poco respeto me hablas? ¿Soy hombre yo por ventura que tengo de entrar en docena con esa canalla de que tienes llena la barca?

CARONTE. Perdóname, que el verte desnudo, lleno de heridas y maltratado, me hizo creer que eras alguno de los que voy tan cargado por no haber podido caminar mas con esas piernas, que me parecen tan ruines como las manos. Pero ¿quién eres?

FARNESIO. Romano.

CARONTE. Tu habla da testimonio. Ni por esas señas te conozco.

FARNESIO. ¿Cómo no? ¿No conoces al duque de Castro, al príncipe de Parma, al duque de Plasencia, al marqués de Novara, capitán general y confalonier de la iglesia?

CARONTE. Todo esto no basta para que te conozca; porque los mas

de los títulos que has dicho son tan nuevos que aun no han llegado á mi noticia. Pero dime tu propio nombre si quieres que te conozca.

FARNESIO. Yo creo que disimulas conmigo por verme así solo y maltratado, fingiendo no conocerme, pues no puede ser que no conozcas á Pedro Luis Farnesio, gentil-hombre romano.

CARONTE. ¡Oh! ¡oh! ¡Agora sí que te conozco como á mí. ¿No eras tú el coronel Pedro Luis, hijo de Alejandro Farnesio, que al punto es Paulo III, sumo Pontífice de los cristianos? De la primera vez te conociera, si dijeras tu propio nombre; pero por esos otros títulos nuevos é inusitados, apenas te conociera quien te los dió.

Siguen hablando los dos personajes, y de una en otra razon vienen á dar en el estado político de Europa y en las maquinaciones que muchos príncipes de la cristiandad, y aun el gran turco, traian entre manos con el fin de destruir la fortuna que hasta entonces se habia puesto de parte del emperador Carlos V. De todas se muestra enterado Caronte, no sin admiracion del infeliz duque de Plasencia. Pero el barquero le dice que la causa de saber tan fielmente las tramas de los soberanos de Europa contra el César, consiste en que los fautores de ellas habian pasado las aguas del olvido algunos dias y meses antes. Tales fueron Joanetín Doria, el conde Fiessco, el rey Francisco de Francia y



(Santiago de Medina de Rioseco.—Vista occidental.)

el temido Barbarroja. Estos en la barca de Caronte, y en su presencia, hablaron con libertad de los asuntos políticos del orbe, y de sus tratos para deshacer los grandes ejércitos y armadas con que se habia hecho señor de la tierra y de los mares el monarca español. Este artificio de D. Diego de Mendoza, digno es sin duda de imitacion por cuantos dediquen su ingenio á las obras dramáticas. Muchas veces se suele ver en los teatros salir á la escena personas sin fundado motivo, y hablar de cosas contrarias á su educacion, á su sexo y á su estado, sin que el espectador sepa la causa.

Para que nuestros lectores puedan juzgar por sí mismos del mérito de este excelente diálogo, vamos á insertar unas breves muestras de la lijereza, gracia, fuerza de raciocinio, buen lenguaje y mejor estilo que se encierra en este hijo del ingenio de nuestro célebre historiador, poeta y novelista.

CARONTE. ¿Dónde estabas cuando te mataron?

FARNESIO. En la ciudadela, que es una casa fuerte de aquella ciudad.

CARONTE. No debia ser muy fuerte, cuando tan poco te aprovechó.

FARNESIO. Sí era, y hartó, pero estaba casi solo.

CARONTE. ¿Pues cómo siendo tirano (1) estabas solo?

(1) La voz tirano no está usada aquí en significacion de *déspota*, valor que hoy ha adquirido por la costumbre. En los siglos decimosexto y decimoséptimo llamábase al usurpador tirano, y á la usurpacion, tiranía. (Véase sobre estas voces á Covarru-

(1) El uso de la frase *golpe de gente* sonará á los oídos de algunos como galicismo, cuando en realidad no lo es. En el primer comentario del muy ilustre señor D. Luis de Avila y Zúñiga, en la guerra de Alemania (Venecia, por Francisco Marc'colini, 1535) se leen estas palabras:

—Y yendo sobre la Chusa, se le entregó sin esperar golpe de cañón.

—Dando los enemigos en los nuestros y en los otros muchos golpes de artilleria.

—Habiendo los enemigos tirado aquel día ochocientos golpes de cañón y culebrina.

D. Bernardino Hurtado de Mendoza, en sus *Comentarios de las guerras en los Países-Bajos*, usa mucho de estas y otras frases semejantes. Por los escritores del siglo XVI fueron muy repetidas, como pueden verse á cada paso en las obras que tratan de sucesos de guerra.

FARNESIO. ¿Quién se puede guardar de traidores?

CARONTE. Quien no la hace, no la teme: quien no ocasiona agravio, mal ni daño alguno.

FARNESIO. A los que me mataron poco les había tomado, puesto que si me esperarán cuatro horas...

CARONTE. Ya te entiendo: de manera que si ellos fueron traidores, tú eres alevoso; y si no se anticiparan, tú te anticiparas.

FARNESIO. Sí, porque tenía ya aviso de sus tramas y tratos.

CARONTE. Bien se parece, en el cuidado que tuviste de tu persona.

FARNESIO. ¿Quién había de pensar que cuatro ó cinco vasallos míos, sin favor ni calor de otro, osarán de acometerme?

CARONTE. Quien los tenía injuriados: quien les había hecho agravios y se los hacía cada día.

FARNESIO. Ya que eso sea así, no vivía yo tan descuidado como eso, ni tan á lumbre de pajas, que guarda tenía de á pie y de á caballo muchos particulares amigos, muchos caballeros y muchos soldados pláticos y valientes, á quien entretenía por buen respeto y para mayor seguridad de mi persona.

CARONTE. ¿Pues qué se hicieron esos que dices? ¿Dónde estaban cuando los hubiste menester?

FARNESIO. Por ser la casa estrecha y porque me fiaba de pocos, los tenía aposentados por la ciudad, y solamente tenía conmigo dentro de la ciudadela aquellos que no podía escusar.

CARONTE. No me maravillo de que te fies de pocos, como dices, sino de que siendo tirano y viviendo como vivías, osases fiarte de tí mismo, no considerando que la vida del tirano no es otra cosa que una sombra de la muerte, una gruta oscura, llena de mil malas visiones; un camino áspero y estrecho, lleno por todas partes de mil géneros de inconvenientes, lazos y peligros, sin que pueda escusar de caer en alguno de ellos. ¡Mal aventurado de tí! Nómbrame alguno de esos parientes, amigos ó criados que tenías contigo, que te sirviese por amor ó por tus virtudes y valor.

FARNESIO. Servíame por el bien que mi padre y mis hijos les hacían, y por el que yo les pudiera hacer, si viviera.

CARONTE. Pero, si por interés te servían, ¿cómo no considerabas que aquel á quien basta el ánimo para servir á un tirano por interés, le bastará el ánimo para matarle?

Caronte en todos sus raciocinios se muestra muy celoso de la prosperidad del emperador, y muy enemigo de sus enemigos; incongruencia estraña en un ser infernal, mayormente siendo Carlos V tan amante de la religion cristiana, y en cuyo servicio y acrecentamiento había ocupado sus poderosos ejércitos y armadas. Pero D. Diego Hurtado de Mendoza, en quien competían el ingenio y la erudicion con el buen gusto, halló fácil salida á esta dificultad, haciendo que el propio Caronte diga á Pedro Luis Farnese. «¿Piensas tú, por ventura, que quiero yo el concilio ó que lo deseo? La mayor pérdida será que me pueda venir; porque uniéndose y reformándose la iglesia, pierdo la ganancia de tantos alemanes que pasan por aquí á nubes como torcos, los cuales de su propia voluntad se quieren ir al infierno..... Aunque por otra parte creo que mudada y reformada la iglesia, los principes cristianos se unirán asimismo y darán sobre el turco, de donde podré yo haber mayor ganancia.»

Esto decía Hurtado de Mendoza por boca de Caronte, con el fin de disculpar en algo el calor del barquero por los sucesos prósperos y adversos del César Carlos V, firme apoyo de la cristiandad. El arte y el ingenio unidos saben, en las obras dramáticas, ocultar los defectos, ó á lo menos vestirlos con tales colores que aparezcan mas pequeños á los ojos del público.

Pero no mostró menor destreza el célebre autor del *Lazarillo de Tormes* en preparar el desenlace del diálogo entre Caronte y el alma de Pedro Luis Farnese. Insta muy á los principios el viejo barquero al desdichado príncipe á que no lo detenga por mas tiempo junto á la orilla, pues necesita caminar rio abajo para desocupar su barca. Pedro Luis se maravilla de estar cerca del rio Leteo, cuando su propósito era vagar junto á la laguna Estigia, hasta tener nuevas ciertas de haberse vengado sus hijos y los demás principes conjurados, así de su muerte como de la envidia que los buenos sucesos del emperador habían engendrado en sus ruines corazones. Pero Caronte le aconseja que no piense en eso, por estar en las márgenes de la laguna Estigia varios caballeros y cardenales, á quienes Pedro Luis Farnese había dado en

bias, *Tesoro de la lengua castellana*.) El nombre de libertad díbase comunmente á lo que hoy conocemos por independencia, y así en este sentido la usó el marqués de Santillana, cuando dijo en sus proverbios (Sevilla 1450):

Antepon la libertad batallas
á servitud vergonzosa.

Sin embargo, en la significacion que hoy tiene la voz libertad, se ve usada por Lorenzo Suarez de Chaves en los diálogos de varias cuestiones en metro castellano. (léase, por Juan Gracian, 1577.)

otro tiempo alevosa muerte por medio del hierro ó del veneno, con el fin de apoderarse de sus haciendas; los cuales moraban allí con la esperanza de vengarse de su matador. Esto decía Caronte al principio del diálogo para prevenir el desenlace; porque luego, estando en lo mas vivo de su razonamiento, lo suspende para esclamar:

CARONTE. Pero ¿quién son estos que con tanta furia caminan hacia nosotros?

FARNESIO. ¡Oh triste de mí! Llega, Caronte, tiende la plancha y dame la mano, que ya los conozco.

CARONTE. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!... Entra, desventurado, que tambien los conozco. Estos son los cardenales que atosigaste, y el obispo de Fano que tan torpemente martirizaste. Mira, si fueras á la laguna Estigia y te toparas con ellos, ¿cuál te pararán! Acaba de entrar y siéntate; y alarguémoslos, porque si pasasen en esta barca y te conociesen, no te valdria tu padre, *quia in inferno nulla est redemptio*.

Con esto se alejan en la barca los dos interlocutores y desaparecen.

Esta composicion dramática es muy superior en el lenguaje, en el estilo y en el artificio, á las que se solian componer en aquel siglo. El gran Lope de Rueda escribió muchos pasos en que hablaban dos ó mas personas; pero ninguno aventaja, ni aun llega en lo excelente de sus chistes y raciocinios, al diálogo entre Caronte y Farnesio. Es cierto que en él se encuentran algunas digresiones bastante largas sobre el estado político de Europa en su tiempo, las cuales fatigan en algo la atencion del lector; pero al fin Hurtado de Mendoza, como hombre, se dejó arrastrar de las pasiones de odio y desprecio contra los que por ruines medios intentaban destruir el poderío de su señor el gran Carlos V. En lo demás, el diálogo tiene cuanta accion es posible en una obra dramática de este género.

El buen lenguaje de Hurtado de Mendoza luce tambien en esta linda composicion. El estilo es diferente de las demás suyas; pues harto se sabe que este escritor tenía tantos estilos cuantos eran los asuntos que tocaba. Ni entre el *Lazarillo de Tormes* ni entre la *Guerra de Granada*, ni entre las poesías, ni entre las cartas al capitán Salazar, ni entre sus papeles políticos hay la mas pequeña semejanza en el estilo. Bueno es en todos ellos, aunque en algunos incorrecto. Pero la grandeza del alma de este insigne escritor no podía reducirse á espresar en una misma forma sus pensamientos; privilegio reservado á pocos autores. Salustio y Tácito en la historia, Demóstenes en la elocuencia política, Ovidio, Téocrito y Menandro en la poesia, Luciano en los diálogos, semejante, en fin, á los grandes ingenios de la docta antigüedad griega y latina, siempre ha merecido D. Diego Hurtado de Mendoza la fama que le dieron sus contemporáneos. Su vida y elogio aun no están escritos dignamente. Honrosa tarea será para quien la emprenda.

ADOLFO DE CASTRO.

MAS LARGO ES EL TIEMPO QUE LA FORTUNA,

POR

FERNAN CABELLERO.

(Conclusion.)

El coronel, como herido de un rayo al oír formulada aquella tremenda acusacion, había tenido que apoyarse en la pared para no desplomarse en el suelo; mas reponiéndose instantáneamente como el que habiendo caído en lo profundo del mar hace un esfuerzo desesperado para volver á la superficie, se recobró y dijo con una vehemencia que en vano trataba de disimular bajo la capa de un frio desden:

—¿Se os ha ido el juicio? ¿deberé compadecer vuestra locura ó castigar vuestra osadía?

—¡Osadía! repuso el anciano, cuya voz temblaba de indignacion; ¿quién habla de osadía, vil, infame! ¿tú, que sobre hurto y sangre has labrado tu fortuna! has creído poder como la serpiente soltar tu piel y seguir rastreándote impune con otra, olvidando en tu loco delirio que de San Juan á San Juan no le queda Dios á nadie á deber nada.

—Viejo estúpido ó insensato, refrenaos, exclamó con ira el coronel, y no abuseis de la prudencia que observo en consideracion al general; pero callad, y no me forceis, ó á cortaros con mi espada vuestra viperina lengua, ó á acusaros á la justicia como descarado calumniador.

—¡A la justicia, si! á esa mostraré yo las pruebas de lo que afirmo. El coronel soltó una seca y acerba carcajada.

—Juan Luis, Juan Luis, dijo el anciano, por su mal le nacieron alas á la hormiga; subistes sirviéndote de hincapié un robo y una muerte; hicistes mas, urdistes con tal maldad tu trama, que en ella hicistes perecer á un inocente, creyendo que pagando él por tí estas salvos.

El coronel echó mano á su espada.

—Quieto, dijo el anciano, que una muerte mas no te salva, porque

las pruebas de tu delito no mueren conmigo, que en manos de la justicia las dejé y te está siguiendo la pista. Largo tiempo has triunfado, has lucido, has gozado...

—La gloria y el dinero son para quien las gana, y ganadas las tengo, rústico deslenguado, dijo el coronel con altanería.

—Sí, sí, te sopló la suerte como una desatinada que es; pero ya todo te se acabó, y pagarás el capital y los créditos; porque sábete, Juan Luis, que *mas largo es el tiempo que la fortuna*.

—Considerad que yo os acusaré de calumniador infame, á no ser que generosamente os perdone si os retractáis de lo dicho y prometéis callar esas visiones de vuestro trastornado cerebro, dijo el coronel que nunca perdía la cabeza. En ese caso os prometo en consideración al general ser vuestro ferviente protector; soy rico, generoso, y el que salvó la vida á mi suegro puede estar seguro de mi gratitud; desde ahora podeis contar con cuarenta mil reales como principio de otros beneficios.

—Anda, anda, mal nacido, que aunque me ves vestido de lana no soy oveja, respondió el veterano; el que como tú tiene echada el alma atrás, nada extraño tiene que trate de sobornar á un hombre de bien; pero yo no vendo mi honra, que vale mas que todas tus mal ganadas grandezas: ¿pues qué, te habia yo de dejar casar con la hija del general? ¿habia de dejar infamada la memoria del infeliz de José? ¿habias tú de seguir impune disfrutando el beneficio de tus iniquidades? No en mis dias.

—Pues callareis para siempre ya que perderme intentais, exclamó con honda voz en una explosion de ira el coronel; pruebas de vuestra calumnia ni teneis ni podeis tenerlas; pero basta ella para manchar mi immaculado honor.

Diciendo esto se habia arrojado fuera de si con una pistola en la mano hacia el anciano; pero en este momento se oyeron pasos en la escalera, y huyó precipitadamente.

Cuando llegó á su casa habia logrado serenar la tempestad de su alma. —Serenidad, se dijo, sangre fria, que es la que salva. —¿De qué pruebas puede hablar ese mi eterno perseguidor? No existen... Negaré. —¿Quién no creará al coronel Guerra cuando desmienta á un viejo estúpido? ¡En mala hora se ha hallado en mi camino! El general lo aprecia y tiene fé en él: pero valor; juguemos el todo por el todo; mi buena estrella no me abandonará; en ella confío.

El coronel se fué á comer á una fonda, fortificando su impasibilidad con el bullicio, atolondrándose con conversaciones animadas que empezaba y cortaba con un desasosiego que procuraba hacer aparecer como aturdimiento.

A la oracion volvió á su casa, en la que halló una carta; sorprendiéndole porque de nadie podia esperar comunicacion alguna; abriéndola presuroso; era un anónimo, y solo contenia estas tres palabras latinas de una concisa y conocida advertencia:

Fuge, late, tace.

Aunque la letra era fingida, el coronel creyó reconocer la del general; quedóse inmóvil fijando la vista en la abierta carta que permanecía en su trémula mano.

—¿Lo sabe! murmuró, el mal viejo se lo ha dicho; pero no le habria dado tan entero crédito un hombre de tanta cautela como el general, si no le hubiese comunicado pruebas; esas pruebas de que me habló... ¿pero cuáles pueden ser?... No existen... miente el villano... y no obstante, hay ciertamente un genio enemigo del reposo del hombre que suele alguna vez cual los vampiros desenterrar cadáveres yertos y olvidados del centro de la tierra; *fuge, late, tace*, huye, ocúltate, calla; ¿y con qué fin me traza esa linea de conducta el general? ¿Está claro! quiere evitar un escándalo que avergüence al regimiento de que fué jefe, que abochorne á la muger que decia amarme, y humille al que se decia mi amigo! Compañerismo, amor, amistad, palabras huecas y sin raíces que no resisten á un impulso de orgullo.

Así raciocinaba ese hombre. Y no es él solo! ¿cuántos culpan como él á la sociedad y á los afectos por no culpárse á si propios! ¿cuál será la verdad de que no se abuse? ¿cuál la sentencia que no se aplique mal?

Juan Luis veía con tanta mas rabia y asombro, cuanto que no se lo aguardaba, desboronarse el edificio de su insolente prosperidad, labrada por el engaño y la hipocresía; veíalo caer, levantado que estaba sobre una sepultura y una mentira, al empuje de un cadáver que se alzaba, y de la verdad que se hacia luz á pesar de sus criminales esfuerzos por aniquilarlos.

Aun reflexionó algunos instantes ese criminal, hecho tan insolente por su loca fortuna; se vistió en seguida de paisano, se ciñó al cuerpo un cinto de onzas, y salió. A los dos dias se embarcaba en San Sebastian para Inglaterra.

Juan Luis no se engañó en sus cálculos; la carta era del general: este, cuyo carácter era mas delicado que enérgico, instruido de todo por su antiguo asistente, avergonzado como coronel del regimiento en que habia servido ese ente infame, horrorizado y humillado como padre del que habia admitido por yerno, pensó á toda costa evitar el

público escándalo de la aprehension y condenacion de ese criminal.

Cuando el tio Bernardo supo la fuga del reo, se arrepintió amargamente de haberle puesto sobre aviso, aunque le era necesario acabar de convencerse de la identidad de su persona.

—Se ha escapado ese perverso Juan Luis Navajas, dijo; ¿pero dónde irá que á los ojos de Dios se esconda? y Dios consiente, pero no para siempre; su hora ha de llegarle, que quien mal anda mal acaba.

Y el tio Bernardo hablaba proféticamente, porque á poco se pudo leer en un periódico de los Estados-Unidos la relacion del siguiente suceso:

«Las casas de juego siguen siendo cuevas de crímenes; en la pasada noche ha tenido lugar en *** Street el mas horroroso suceso. No há mucho que llegó aquí un español que se apellidaba D. Claudio Jaen; su carácter altanero, su humor irascible y su aire provocativo le habian hecho odiado en los alojamientos, en los que habia vivido; pasaba sus noches en las casas de juego, en las que ganaba con tan loca fortuna, que se susurraba entre los demás jugadores que no jugaba limpio.

»Entre estos el mas encarnizado contra él era un limeño de poco buenos antecedentes, que aseguraba además haber conocido al referido sugeto en Lima, en donde llevaba el nombre de D. Victor Guerra. Supo todo esto al entrar anoche en la casa de juego el llamado D. Claudio Jaen, y se puso en un estado de furia difícil de describir; al ver entrar poco despues al limeño, se arrojó sobre él con furia clavándole un puñal en el pecho; mas no pudo llegar á su antagónista tan pronto que no hubiese este sacado una pistola que descargó á quema-ropa sobre su agresor, exclamando: señores, ya veis que castigo á un asesino. La muerte del D. Claudio Jaen fué instantánea; el limeño vivió algunas horas, y esta tarde ha dejado de existir.»

Tambien pudo verse algun tiempo despues en los periódicos españoles la carta de un misionero, en la que daba cuenta del martirio sufrido por otro llamado el padre Gaspar Camas. Ambas cosas supo el tio Bernardo por el general.

—¡Vaya! dijo, cada cual ha muerto como ha vivido; el uno como un santo mártir; el otro como un ladron y asesino. Dios premie al uno y perdone al otro.

—Vaya, Bernardo, esa es una buena palabra que me alegro verte aplicar á ese hombre que tanto has odiado y tanto has perseguido, le dijo el general.

—El campo santo es un sagrado, señor, repuso el tio Bernardo; ante una tumba no debe el cristiano sino tener oraciones.

LA NADA.

POEMA.

CANTO PRIMERO.

Siente mi corazon en su aposento
Una especie de métrica postema,
Y voy á dar salida al pensamiento
Y ha de ser en los cantos de un poema:
Grande mi corazon y mi talento,
Grande el asunto que elegí por tema,
Haré que presten sus oídos juntos
No nacidos, vivientes y difuntos.

Allá en la plenitud impenetrable
De los tiempos... mas punto, porque advierto
Que me falta una cosa indispensable.
¡Vision incomprensible del desierto!
¡Inspiracion suprema é impalpable!
¡Espíritu inmortal que nunca ha muerto!
Tu voz me aliente, tu virtud me acude:
Dame tu amparo, tu favor, tu ayuda.

Como la hinchada nube en el verano
Que al rudo empuje de los vientos truena,
Y cubriendo de lluvia monte y llano,
Los confundidos horizontes llena:
Asi tambien tu impulso soberano
Abra el raudal de mi fecunda vena,
Y ablanden todos sus oídos duros,
Pasados y presentes y futuros.

Dame el hondo rumor con que se agita
La mar en sus profundos oleajes,
El bramar del torrente que se irrita,
Los gritos de las águilas salvajes;
El son con que el arroyo precipita

Sus ondas de esmeraldas y de encajes;
La voz del viento en las agrestes cañas,
El trueno del volcan en las montañas.

Dame que el velo del silencio rompa
Mi voz y cumpla los secretos fines,
Del órgano inmortal la augusta pompa
Mezclada con los cantos de maitines:
Dame de Homero la robusta trompa,
De Pindaro y Herrera los clarines;
Y porque nada falte y nada sobre,
Las flautas de oro y el laud de cobre.

Ya siento en mis entrañas palpitantes
De tu sagrada bendicion el fruto;
Los siglos á mis ojos son instantes;
Misericordia el hombre, y la alegría luto:
A la luz de tus rayos incesantes
Vision eterna rendiré en tributo,
Ante las aras de tu altar sombrío
La imponderable esencia del vacío.

Allá en la plenitud, iba diciendo,
De los tiempos sin peso y sin medida
todos los mundos que mirais no siendo,
eran *nada* en la *nada* confundida:
Cosa que yo esplico y que no entiendo,
Espacios sin entrada ni salida,
Sin límites, la *nada*, centros frios,
Sucesion de vacíos y vacíos.

Miro que cada cual su juicio labra
Buscando lo infinito de la idea
En la breve estension de la palabra;
Y como es natural que menos vea
Aquel que por ver mas los ojos abra,
Porque palpable y comprensible sea,
A todos clara y comprensible á todos
Os la voy á explicar de varios modos.

Nada, segun los cálculos mejores
Basados en el tiempo y en la ciencia,
Nada, segun diversos escritores
Llenos de santidad y de esperiencia,
Nada, segun predicán los doctores,
Nada, segun nos dice la conciencia,
Es en suma de datos verdaderos,
Una perpétua sucesion de ceros.

Si acaso no entendeis la algaravia
De la infalible ciencia del guarismo,
Ahí está la ideal filosofia,
Y aquí teneis de muestra un silogismo:
La sustancia *in principio erat vacia*,
Sustancia vel essentia son lo mismo,
Si la esencia *non fuit* consustanciada,
Ergo probatum est la *nada* es *nada*.

Pero si sois de entendimiento romo,
Conmigo discurrid y estadme fijos:
Manuela y Juan se casan no sé cómo,
Y aunque fueron entrambos muy prolifijos
En el sexto capítulo del tomo,
Se mueren á la par sin tener hijos;
Pues la *nada* patente se os revela
En los hijos de Juan y de Manuela.

Si tan clara razon hallais oscura,
Otra prueba os daré mas concluyente:
Midase cada cual su propia altura,
Contémplesse á sí mismo frente á frente,
Dé á su cuerpo en la cama sepultura
Y la luz apagando de repente
Se mirará, sin verse, á su albedrío
Nadando en los espacios del vacío.

Yo sé que cada prójimo predica
De la feria, segun le va en la feria;
Sé que quien duda errores multiplica,
Y sé tambien que la cuestion es seria;

Pero si alguno su talento aplica
A ver con claridad en la materia,
La duda vence y los errores salva
Si se imagina un calvo sin la calva.

Si opiniones distintas en tropel
Confunden, ¡oh dolor! el bien y el mal;
Y unos hallan el mundo todo miel
Y otros hallan la vida toda sal,
La gloria y el talento son de aquel
Que le dé la razon á cada cual,
Que halla, si diez las opiniones son,
Por diez multiplicada su razon.

Ya colocados pues en este punto
Desde el cual el mas torpe y el mas lego
Penetra en el abismo del asunto;
Y ya que todos veis, salvo algun ciego,
La *nada* en sus detalles y en conjunto,
En claras formas á esplicaros llevo,
Siguiendo siempre la suprema ciencia,
el cómo y el por qué de su existencia.

Todo ser, toda cosa es *ab initio*
Opuesta á otra en cuyo mal conspira;
Por eso la locura rompe el juicio,
Porque hay oscuridad la luz se admira:
No existieran virtudes sin el vicio
Que fuera la verdad sin la mentira;
Luego deduzco y que lo coja un galgo,
La *nada* existe porque existe *algo*.

Es *algo* lo que nace, lo que crea,
Cuanto al concierto universal asiste,
Ya en materia, en espíritu, en idea;
Y pues la *nada*, claro es, consiste
En que de todo lo contrario sea,
Si queda dicho que la *nada* existe,
Acabareis la duda comprendiendo
Que existe solamente, no existiendo.

No es aire ni agua es, ni luz ni barro,
La *nada* en conclusion es *nada* en suma;
Es el placer supremo de un cigarro
Que experimenta el hombre que no fuma;
Es un incomprensible despilfarro
Que sin cesar al universo abruma;
Es revuelto, amasado, confundido,
Todo lo que no es, será ni ha sido.

Ya veis cómo el humano pensamiento
Saberlo todo y dominarlo pudo;
Ya veis lo qué es el hombre y el talento,
Que en la vida mortal forman un nudo.
Rey de los animales, ¡oh portento,
Señor de la creacion! yo te saludo;
Aunque seas, salvando pareceres,
El mas desventurado de los seres.

Perdonad si á tal fecha me remonto:
Pierden Eva y Adán el Paraíso,
Ella por ser muger de genio pronto,
Y Adán ingenuamente porque quiso;
Luego el hombre es un sabio ó es un tonto....
Confesarlo una vez será preciso;
Tanto mas, que se dice y se refiere,
El hombre no es feliz porque no quiere.

¡Mas quién lleno de audacia y de locura
Negará una verdad de este calibre!
¡Qué importa que tenaz la desventura
Su duro arpon sobre nosotros vibre!
¡Qué importa que haya penas y amargura!
¡El hombre es infeliz! — ¡el hombre es libre!
Pero mañana seguiré en mi empeño;
Tambien soy libre y me encadena el sueño.

JOSÉ SELGAS.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.